Nota bibliografica

La secularidad del Opus Dei: un comentario al segundo volumen de las *Cartas* de san Josemaría

JAVIER SESÉ

Las cartas de san Josemaría Escrivá de Balaguer, como se puede comprobar en las ocho ya publicadas en los respectivos volúmenes de las obras completas, no responden a una sistemática teológica concreta y precisa. No es su intención; de ahí el mismo nombre de "cartas": estilo familiar y directo, exhortativo, etc. Pero eso no impide, al contrario –como ocurre en las cartas de san Pablo, o en las de tantos Padres de la Iglesia, o de maestros de todos los tiempos, fuera y dentro de la Iglesia–, que desarrollen una rica enseñanza, sobre todo, en nuestro caso, teológico-espiritual.

En particular, las cuatro cartas que forman el segundo volumen[1], recién publicado, no responden a un orden sistemático entre ellas ni en sus contenidos respectivos, pero me parece que la parte más importante y sugerente de sus enseñanzas se puede organizar y explicar en torno al concepto de "secularidad": realidad vital y teológica fundamental en la enseñanza de san Josemaría y en el espíritu del Opus Dei. Este es el objetivo de mi reflexión, aun siendo perfecta-

[1] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Cartas* (II), edición crítica y anotada por Luis Cano, Roma-Madrid, Istituto Storico san Josemaría Escrivá – Rialp, 2021.

ISSN 1970-4879

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mente consciente de que muchas otras cuestiones importantes, tratadas aquí por san Josemaría, se quedarán en el tintero[2].

Por los mismos motivos indicados, no encontramos, en estas cartas, una definición técnica de secularidad, ni una descripción detallada y ordenada de sus características; aunque sí bastantes afirmaciones de gran hondura teológica, y muchas manifestaciones de su realización práctica en la vida cristiana, y más concretamente, en la vida y los apostolados de los miembros del Opus Dei. Es decir, al hilo de la orientación marcadamente pastoral de sus reflexiones, san Josemaría nos facilita también sugerentes ideas madre, de fondo, sobre lo que la misma secularidad es, y sobre las que fundamentar con solidez su puesta en práctica.

En particular, queremos destacar –como se irá explicitando a continuación– la fundamentación cristológica y eclesiológica de la secularidad; su sentido vocacional y misional (apostólico); su relación con la centralidad de la filiación divina; el acento puesto en el trabajo profesional como elemento esencial y configurante de la secularidad; la importancia concedida al binomio libertad-responsabilidad; y la expresión "contemplativos en medio del mundo" como síntesis de su naturaleza teológico-espiritual.

La secularidad de la Iglesia y en la Iglesia

Ante todo, san Josemaría presenta la secularidad como un rasgo propio de la misma Iglesia de Jesucristo en cuanto tal; lo cual justifica que podamos considerarla un concepto propiamente teológico, y no sólo sociológico o antropológico.

> Afirma, por ejemplo, casi al principio de la primera carta de este volumen: Misión propia y directa de la Jerarquía de la Iglesia es la enseñanza de todo lo que se refiere a nuestro último fin. Pero, como no puede ser radicalmente extraña a ese fin ninguna cosa que contribuya al bien de los hombres y de la sociedad civil, al cumplir la Iglesia jerárquica su misión, ha hecho sentir su influjo bienhechor en los más diversos órdenes de la vida y de la cultura humana. Y a la vez, todos los que rectamente trabajan en esos sectores de la actividad temporal, contribuyen de algún modo o pueden contribuir a la misión santificadora y redentora de la Iglesia[3].

Aparecen así los dos ámbitos de la secularidad, que están siempre presentes en el pensamiento y la enseñanza del autor: el general de la Iglesia, como parte de su

[2] Este estudio se centra en el segundo volumen de las *Cartas* de san Josemaría. No se ha tenido en cuenta el primer volumen, ni otros escritos ya publicados de san Josemaría. No nos extendemos tampoco sobre otras visiones teológicas o prácticas de la secularidad en la Iglesia: nos limitamos la enseñanza de san Josemaría en estas cartas. Para una visión más amplia sobre el tema de la secularidad se puede acudir a Ana Marta González, voz "Secularidad", en el *Diccionario de San Josemaría*, coordinado por José Luis Illanes, y a la bibliografía allí indicada.

[3] Carta n. 5, 2b.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

misión evangelizadora; y el específico de los "seculares": los miembros de la Iglesia que trabajan directamente en los diversos "sectores de la actividad temporal".

Dado que los miembros del Opus Dei, a los que se dirigen en primer lugar estas cartas, son precisamente laicos y sacerdotes seculares, san Josemaría se detendrá sobre todo en esta "secularidad" que podemos designar como "específica"; pero el párrafo reproducido es fundamental para comprender que esa especificidad se da dentro de una realidad global que pertenece la naturaleza de la propia Iglesia y de su misión.

También se contiene aquí otra idea de fondo clave e irrenunciable para el fundador del Opus Dei: nos encontramos siempre en el ámbito de la "santificación" y de la "redención", que es el propio de la misión de la Iglesia. Por eso la "secularidad" es verdadera y propiamente un concepto teológico.

Dicho de otra forma, siempre que san Josemaría habla –en estas cartas y en toda su enseñanza escrita y oral– de las realidades temporales, del mundo, del trabajo, de la cultura, de la vida social, de la ciencia o el arte, de la familia, o incluso de la diversión, está hablando desde una óptica cristiana y con un objetivo santificador: en último término, desde la Encarnación y la Redención: desde Jesucristo.

En definitiva, aunque la palabra "secularidad" procede de "saeculum" (siglo, mundo), y por eso mismo, se podría entender –y a veces ocurre así– como contrapuesta, y por tanto incompatible con "santo", "espiritual" o "religioso", el uso que le damos acá es el que procede precisamente del mensaje central de san Josemaría y del Opus Dei: "santificación del mundo", del siglo, de lo secular. Lejos de ser incompatibles, lo "santo" y lo "mundano" se unen, porque los ha unido Jesucristo en su misma Persona; y lo que pueda ser "mundano" en sentido negativo (consecuencia del pecado) lo ha redimido el mismo Jesucristo.

Puede haber, y hay de hecho en nuestra sociedad contemporánea, un "secularismo" que aleja lo secular de lo cristiano; pero la secularidad que propone san Josemaría es, justamente, el remedio cristiano a ese secularismo, como se irá concretando en todo lo que sigue: es "cristianizar" el mundo, sin que deje de ser mundo, la sociedad sin que deje de ser sociedad, el trabajo sin que deje de ser trabajo, etc. Y todo ello continuando la obra de Cristo, que realmente se ha "encarnado", se ha hecho "mundo", se ha hecho "temporal", sin dejar de ser Dios eterno y trascendente: sin dejar de ser santo, sino santificando todo lo que ha asumido.

La secularidad de los miembros del Opus Dei como vocación divina

Volviendo a la secularidad que hemos denominado "específica", en ella incluye san Josemaría claramente a sus hijos e hijas en el Opus Dei: «Con esa misión hemos sido nosotros enviados, para ser luz y fermento sobrenatural en

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

todas las actividades humanas. También, como fieles cristianos, hemos oído el mandato de Cristo: *euntes ergo docete omnes gentes!*»[4].

Para aclarar enseguida, algo que hará de una u otra forma con frecuencia: «No se trata de una función delegada por la Jerarquía eclesiástica, de una prolongación circunstancial de su misión propia; sino de la misión específica de los seglares, en cuanto son miembros vivos de la Iglesia de Dios»[5].

Lo que nos reconduce a la inserción necesaria de esta secularidad específica, y por tanto del Opus Dei, en la realidad misma de la Iglesia y su misión.

> Misión específica, que tiene para nosotros –por voluntad divina– la fuerza y el auxilio de una vocación peculiar; porque hemos sido llamados a la Obra, para dar doctrina a todos los hombres, haciendo un apostolado laical y secular, *por medio y en el ejercicio del trabajo profesional* de cada uno, en las circunstancias personales y sociales en que se encuentra, precisamente en el ámbito de esas actividades temporales, dejadas a la libre iniciativa de los hombres y a la responsabilidad personal de los cristianos[6].

Volveremos pronto sobre el trabajo y sobre el binomio libertad-responsabilidad, aquí mencionados. Destaquemos ahora un nuevo convencimiento y otra constante en la enseñanza de san Josemaría sobre nuestro tema: su carácter "vocacional": llamada divina, voluntad divina. Lo cual refuerza la secularidad como realidad propiamente "teológica", "divina".

> Debéis estar muy agradecidos a Dios, porque nos ha dado esta espiritualidad tan sincera y sencillamente sobrenatural, y a la vez tan humana, tan cerca de los nobles quehaceres terrenos. Es gracia muy especial –luz de Dios, os decía–, que por su misericordia hemos recibido, y que con humilde fidelidad hemos de transmitir a otras muchas almas[7].

Este convencimiento de la divinidad de la misión recibida, de la vocación y las gracias recibidas, le lleva a ser particularmente claro en la defensa de lo secular, de lo laical, en el Opus Dei:

> Esta manera de proceder, hijas e hijos míos, es una exigencia fundamental de nuestro espíritu: porque nuestro apostolado es eminentemente laical, y no podemos emprender ninguna actividad que implique una transigencia en este punto. Además es también exigencia –por eso nos ha dado el Señor este espíritu- de la

[4] Carta n. 5, 3a.
[5] *Ibid.*
[6] Carta n. 5, 3b.
[7] Carta n. 6, 17b.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> mayor eficacia de nuestro trabajo apostólico, en servicio de la Iglesia y de todas las almas[8].

Por tanto, la eficacia del apostolado de la Obra la ve san Josemaría, ante todo, en la fidelidad a la llamada divina, pero también, e inseparablemente, en que sea verdaderamente secular, en que responda realmente a la realidad humana, social, profesional, etc., que tiene también su origen en Dios.

Por eso, san Josemaría propone «un catolicismo bien vivido, que ayude a conseguir también el mejoramiento de la sociedad y la solución de todos los problemas que este mundo presenta»[9].

Expresado de otra forma, resulta fundamental para el autor la unidad de vida entre lo natural y lo sobrenatural; sin esa unidad es difícil entender la auténtica secularidad cristiana:

> Por eso hemos de vivir siempre lo que es natural, en el hombre, con sentido sobrenatural. Por eso podremos hacer divinas las cosas de la tierra. Por eso, para nosotros no es un sacrificio el aceptar nuestra vocación: no es sacrificio, porque sabemos que es una prueba de elección y de amor: *redemi te, et vocavi te nomine tuo, meus es tu* (Is 43, 1)[10].

De nuevo es el claro sentido vocacional el que afianza sus ideas. Al decir aquí que "no es un sacrificio", quiere insistir en que la vocación divina al Opus Dei no implica ninguna "renuncia" a lo que es propio de la condición secular, de la vida ordinaria en el mundo de los hombres.

Por el mismo motivo, san Josemaría insiste en la "igualdad" radical entre un miembro de la Obra y cualquier otro ciudadano corriente: «nuestra tarea, hijas e hijos queridísimos, es una labor secular, laical, de ciudadanos corrientes –*iguales* a los otros ciudadanos, y *no como* los otros ciudadanos– que buscan su santidad y hacen apostolado *en y desde* los quehaceres profesionales, en los que están empeñados en medio del mundo»[11].

No hay diferencia alguna, pues, en lo "ciudadano", en lo "secular" (en lo "humano", en el fondo). Al decir "no como" los otros ciudadanos, excluye incluso la posibilidad de verlo como una imitación o una aproximación a lo secular desde instancias no seculares. No: se trata de la misma condición ciudadana, secular. Aunque, eso sí, añadiendo lo cristiano: la búsqueda de la santidad y el apostolado… Pero es que lo cristiano es plenamente humano: porque Jesucristo es plenamente Hombre. Por eso, continúa diciendo con rotundidad:

[8] Carta n. 5, 24b.
[9] Carta n. 7, 20a.
[10] Carta n. 6, 28c.
[11] Carta n. 8, 18b.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> Nadie habrá que se atreva a hacer una declaración, diciendo que los seglares no pueden cristianizar las actividades en que cada día intervienen. Pero –al mismo tiempo– no faltará quienes no estén en condiciones de comprender a los que tratan de poner en práctica ese modo sencillo, natural y divino, de santificarse y de trabajar apostólicamente[12].

La dificultad –de comprensión y de realización de esta secularidad– puede estar, por tanto, en el misterio de la armonía entre lo humano y lo divino, entre lo secular y lo santo, entre lo profano y lo espiritual, que sólo desde la fe en Jesucristo se puede reconocer, aceptar y vivir bien.

Otra forma de expresar esa "igualdad" radical entre un miembro del Opus Dei y un ciudadano cualquiera, frecuente en san Josemaría, es decir que la vocación al Opus Dei "no saca a nadie de su sitio". Lo ha insinuado antes, cuando decía que no supone un sacrificio; y así lo explica más explícitamente en una de las cartas que nos ocupan:

> Cualquiera podrá ser de la Obra, si Dios lo llama; su vocación no ha de comportar ningún cambio de estado y, por tanto, ninguna mudanza exterior. Cada uno permanecerá en el lugar que ocupa en el mundo, con su trabajo, con su mentalidad, con sus deberes de estado, con sus compromisos profesionales, con sus obligaciones para la colectividad, y con sus relaciones sociales: porque todas esas relaciones son medios, para su labor apostólica de cristiano.
>
> La Obra de Dios le dará su peculiar espíritu sobrenatural –su ascética específica– y la formación doctrinal adecuada, con el fin de que pueda santificarse y realizar su Opus Dei precisamente *en y a través* de esas mismas realidades humanas[13].

Como los primeros cristianos

Para explicar la vida y el apostolado en el mundo de los miembros del Opus Dei, a san Josemaría le gustó siempre referirse a los primeros cristianos: claro antecedente y modelo de secularidad cristiana. Ya al inicio de la primera carta de este volumen, cita el conocido y repetido pasaje de la epístola a Diogneto:

> Lo que el alma es en el cuerpo, eso son en el mundo los cristianos. Extendida está el alma por todos los miembros del cuerpo; y los cristianos, por las ciudades del mundo. Ciertamente, el alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo: como los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo[14].

[12] Carta n. 8, 18c.
[13] Carta n. 6, 37.
[14] Carta n. 5, 2c. El pasaje corresponde al capítulo 6 de la *Epístola a Diogneto*.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En otra de las cartas se detiene un poco más en este punto:

> Sin embargo, esta *novedad* nuestra, hijos míos, es tan antigua como el Evangelio. Desde que Jesucristo dijo que Él es *el Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14, 6), e invitó a todos a seguirle, brotó con fuerza en el alma de muchos fieles –desde los primeros tiempos de la Iglesia– el deseo de hacer realidad la búsqueda de la perfección trazada por el Evangelio y practicada ejemplarmente por el mismo Jesucristo: vida de santidad personal y de actividad apostólica.
>
> Así, la auténtica espiritualidad del Evangelio fue produciendo frutos abundantes de santidad, en todos los ambientes de aquella sociedad pagana que rodeaba a los cristianos de la primera hora. Son hombres y mujeres que viven sinceramente su fe, y son, por tanto, proselitistas; que trabajan con naturalidad entre los demás –si ciudadanos, como ciudadanos; si esclavos, como esclavos–; que practican una exquisita fraternidad y que se dedican a Dios y a la difusión de la Buena Nueva, en la medida de los dones que cada uno ha recibido. El resultado fue la cristianización de la entera sociedad pagana[15].

Después de hacer un breve repaso a la historia posterior, en la que predominó claramente la espiritualidad de la vida consagrada en sus distintas manifestaciones y apostolados propios (aunque –destaca san Josemaría– sin que faltaran nunca almas escondidas con el mismo afán de santidad y el estilo de vida de los primeros cristianos), introduce la luz recibida por él mismo sobre el Opus Dei, diciendo:

> Pues bien, hijas e hijos míos –como parte de la providencia de Dios en el cuidado de su Santa Iglesia y en la conservación del espíritu del Evangelio–, desde el 2 de octubre de 1928, ha encomendado el Señor al Opus Dei la tarea de hacer bien patente, de recordar a todas las almas, con el ejemplo de vuestra vida y con la palabra, que existe una llamada universal a la perfección cristiana y que es posible seguirla[16].

Aprovechemos para subrayar que "es posible seguirla", precisamente por la secularidad, es decir, por la posibilidad de santificarse en y a través de las realidades seculares. De lo contrario, esa llamada a la santidad se quedaría como algo genérico: no singular y propio de cada persona; y se concretaría sólo en algunas vocaciones particulares, no en la vocación más común de todas: la de "cristiano corriente".

Por eso, volviendo a la historia, está tan vinculado el oscurecimiento del sentido realmente universal de la santidad cristiana, a la acentuación del "contemptus mundi", de la renuncia al mundo como camino privilegiado hacia la

[15] Carta n. 6, 21.
[16] Carta n. 6, 25a.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

santidad. Con este repaso histórico, san Josemaría quiere mostrar cómo la luz divina recibida de Dios al fundar el Opus Dei rompe esa tendencia y recupera lo que realmente se predicó y vivió en los primeros siglos.

Volvamos a sus palabras:

> Lo que el Señor quiere es que cada uno de vosotros, en las circunstancias concretas de su propia condición en el mundo, procure ser santo: *haec est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra*; ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación (1 Ts 4,3). Santidad escondida muchas veces –sin brillo externo–, diaria, heroica: para corredimir con Cristo, para salvar con Él a las criaturas, para ordenar con Él las cosas humanas.
>
> Dios quiere servirse de vuestra santidad personal, buscada según el espíritu de la Obra, para enseñar a todos, de una manera peculiar y sencilla, lo que ya vosotros bien sabéis: que todos los fieles, incorporados a Cristo por el bautismo, están llamados a buscar la plenitud de vida cristiana[17].

Es decir, la vocación al Opus Dei –y en consecuencia, tanto la institución misma, como cada uno de sus miembros–, por expresa voluntad divina, por su misma naturaleza, es universal: abre –como le gustaba repetir a su Fundador– "todos los caminos divinos de la tierra". No añade simplemente un camino nuevo de santidad personal a los que ya había, sino que viene a recordar y proclamar lo que necesitamos todos para ser santos; centrándose precisamente en lo que en esa historia de la espiritualidad cristiana había quedado más marginado (aunque nunca excluido del todo): lo secular, lo ordinario; que por otra parte es, lógicamente, lo más común.

> El Señor nos quiere instrumentos suyos, para recordar prácticamente –viviéndolo también– que la llamada a la santidad es universal en concreto y no exclusiva de unos pocos, ni de un estado de vida determinado, ni condicionada en general por el abandono del mundo: que cualquier trabajo, cualquier profesión, puede ser camino de santidad y medio de apostolado.
>
> Esta es, hijos, doctrina segura, luz de Dios. Doctrina que difícilmente podrá ser entendida por quienes no conciben la perfección cristiana ni la contemplación fuera del estado religioso; pero que está fundamentada en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, confirmada por la experiencia que nos proporciona continuamente, a pesar de nuestra pequeñez humana, la vida del Opus Dei[18].

Podemos concluir, por tanto, que, a la luz de los dones recibidos el 2 de octubre de 1928, san Josemaría redescubre unas verdades ya contenidas clara-

[17] Carta n. 6, 25bc.
[18] Carta n. 6, 26.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mente en la Sagrada Escritura y en la Tradición más antigua de la Iglesia: lo que afianza todavía más su convencimiento de la divinidad del espíritu, la vida y el mensaje del Opus Dei.

Alcance apostólico de la secularidad del Opus Dei

En esta misma línea de pensamiento, hay un párrafo que me parece especialmente significativo para mostrar el alcance de la secularidad enseñada por san Josemaría. Dice así:

> Nuestro espíritu es así, viejo como el Evangelio –os he escrito siempre– y, como el Evangelio, nuevo; la naturaleza misma de nuestra vocación, nuestro modo de buscar la santidad y de trabajar por el Reino de Dios, nos hace hablar de las cosas divinas en el mismo lenguaje de los hombres, tener las mismas costumbres saludables que ellos tengan, compartir su misma recta mentalidad; ver a Dios –diría– desde el mismo ángulo, secular y laical, desde el que ellos se plantean, o pueden plantearse, los problemas trascendentales de su vida: no ser nunca un modelo glacial, que se pueda admirar, pero no amar[19].

Esa unión profunda entre lo humano y lo divino es clave: no se trata de dos realidades (la secular y la cristiana) que se intentan unir como "desde fuera", sino una realidad profundamente unida (como fruto de la Encarnación: Jesucristo es una sola Persona, con dos Naturalezas), de la que se procuran extraer, en la práctica, todas sus potencialidades: tanto las humanas, las seculares, como las divinas, las sobrenaturales.

Manifestación práctica de esa unidad es, en particular, ese "mismo lenguaje", esas "mismas costumbres", esa "misma mentalidad"… Pero que, a la vez, e inseparablemente –porque brota de la misma raíz, insistimos– es "ver a Dios".

En particular, todo esto nos muestra la trascendencia apostólica inherente a la secularidad enseñada por san Josemaría, presente desde las primeras citas que hemos reproducido, y que de hecho es el tema principal de todas estas cartas, desde diversas perspectivas: servicio a la Iglesia, enseñanza, labor con la juventud…

Precisamente los finales de las cuatro cartas recogidas en este segundo volumen incluyen vibrantes exhortaciones apostólicas, coherentes con todo lo considerado hasta aquí sobre la llamada divina "secular" y en el seno de la Iglesia:

> Rezad y trabajad con sentido sobrenatural y con alegría, amorosamente fieles a vuestra vocación, esforzándoos por ser santos, que éste es el fundamento de toda eficacia apostólica. Estudiad con seriedad, adquirid una sólida y profunda

[19] Carta n. 6, 31a.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> preparación profesional, procurad mejorar cada día vuestra formación doctrinal. Tened la firme esperanza de que el Señor, que está empeñado en que se haga la Obra de Dios sobre la tierra, hará pronto realidad estos sueños que Él mismo pone en nuestro corazón[20].
>
> ¡Qué bueno es el Señor, que nos ha buscado, que nos ha hecho conocer esta manera santa de ser eficaces, de entregar la vida sencillamente, de amar a las criaturas todas en Dios y de sembrar paz y alegría entre los hombres! Jesús, ¡qué bueno eres, qué bueno! *Iesu, Iesu, esto mihi semper Iesu!*[21].
>
> Hijas e hijos queridísimos, daos cuenta de tantas cosas como el Señor, la Iglesia, la humanidad entera esperan del Opus Dei, que es todavía casi como una semilla escondida en el surco; percataos de toda la grandeza de vuestra vocación y amadla cada día más, decididos a ser el instrumento que el Señor necesita, con optimismo, con alegría, con sentido sobrenatural.
>
> Adelante, hijos míos, que Jesús y la Iglesia esperan mucho de vosotros; pero que se os meta bien en la cabeza y en el corazón que no haremos nada, si no somos santos[22].
>
> Con el espíritu que habéis recibido, con alegría grande, disponeos a ir donde os llame el servicio de la Iglesia Santa de Dios. Y, en cualquier lugar, la naturalidad de vuestra vida –hombres y mujeres cristianos– os hará instrumentos eficacísimos para sobrenaturalizar todas las actividades terrenas, también en los lugares donde la Iglesia esté perseguida o donde no se conozca el nombre de Jesús, y –unidos en la labor de todo el Cuerpo Místico– restauraréis todas las cosas en Jesucristo[23].

En esta última carta se explaya todavía más en el sentido vocacional, divino, de la vida y la tarea de los miembros del Opus Dei, y de su inserción en la Iglesia:

> Tenemos la alegría de saber que Dios nos ha escogido desde la eternidad –*redemi te et vocavi te nomine tuo: meus es tu* (Is 43, 1); yo te he redimido y te he llamado por tu nombre: eres mío–, y nos ha traído a esta gran familia del Opus Dei, que tiene como orgullo servir: servir a todas las almas y, antes de nada, servir a la Iglesia, Una, Santa, Católica, Apostólica y Romana: servir al Sumo Pontífice, con un amor sin condiciones. Fieles a Jesucristo, dóciles al Magisterio de la Iglesia, rezad y trabajad para extender el reino de Dios[24].

Pero siempre sin olvidar –¡es lo propio de la secularidad bien entendida!– que el bien de la Iglesia es el bien de todos los hombres, del mundo:

[20] Carta n. 5, 31b.
[21] Carta n. 6, 78c.
[22] Carta n. 7, 62bc.
[23] Carta n. 8, 61a.
[24] Carta n. 8, 62a.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> Hijas e hijos queridísimos, daos cuenta de tantas cosas como el Señor, la Iglesia, la humanidad entera esperan del Opus Dei, que es todavía como una semilla escondida en el surco; percataos de toda la grandeza de vuestra vocación y amadla cada día más, decididos a ser el instrumento que el Señor necesita, con optimismo, con alegría, con sentido sobrenatural[25].

Santificación del trabajo

Para san Josemaría, la secularidad, la santificación del mundo y de las realidades temporales, tiene un centro, un eje, un "quicio" –dirá literalmente muchas veces– claro y preciso: el trabajo. Por tanto, lo dicho hasta ahora, en general, sobre el mundo y sus realidades, se aplica primordialmente al trabajo:

> De ahí que todos los cristianos, sin excepción, hayan de sentir la responsabilidad apostólica en el ejercicio de su trabajo profesional, cualquiera que sea: porque si esas actividades han sido dejadas a la libre iniciativa de los hombres, no quiere decir que hayan sido despojadas de su capacidad de cooperar de alguna manera en la obra de la Redención[26].

De nuevo, por tanto, el ámbito de la Redención y la insistencia en la libertad, temas sobre los que debemos volver.

Aprovechemos ahora para subrayar el calificativo "profesional", que habitualmente usa san Josemaría, como en este caso, al hablar del trabajo. Con él pretende hacer hincapié en que no se trata de las meras actividades que todo trabajo incluye, sino de una realidad más profunda y abarcante, de un decisivo valor antropológico.

En efecto, la persona humana se caracteriza, entre otros elementos propios, por su trabajo: es un "profesional" de uno u otro tipo: es "ingeniero", "maestra", "campesino" o "empleada del hogar"; incluso cuando está enferma o enfermo, o ya se ha jubilado… igual que también sigue siendo argentino o congoleña, e hija de fulanita y menganito.

La santificación del trabajo no es, por tanto, para san Josemaría, simplemente la realización de una serie de tareas con sentido cristiano y visión sobrenatural, sino santificación de algo muy íntimo y personal, santificación de la persona misma.

Además, la insistencia en lo profesional, muestra también que, más allá de la persona, esa tarea de santificación llega a la profesión misma, a la sociedad, al mundo del que forma parte, a todos los niveles humanos.

[25] Carta n. 8, 62b.
[26] Carta n. 5, 2c.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Se santifica el ingeniero y la ingeniería; la maestra y la escuela, la enseñanza; el campesino y el campo; la empleada y el hogar mismo…

> Así simplemente, trabajando y amando a Dios en la tarea que es propia de nuestra profesión o de nuestro oficio, la misma que hacíamos cuando Él nos ha venido a buscar, cumplimos ese quehacer apostólico de poner a Cristo en la cumbre y en la entraña de todas las actividades de los hombres: porque ninguna de esas limpias actividades está excluida del ámbito de nuestra labor, que se hace manifestación del amor redentor de Cristo[27].

Y, por supuesto, se santifica a los demás, a muchas otras personas, a través del trabajo, como a través de las demás realidades seculares:

> De esta manera, el trabajo es para nosotros, no sólo el medio natural de subvenir a las necesidades económicas y de mantenernos en lógica y sencilla comunidad de vida con los demás hombres, sino que es también –y sobre todo– el medio específico de santificación personal que nuestro Padre Dios nos ha señalado, y el gran instrumento apostólico santificador, que Dios ha puesto en nuestras manos, para lograr que en toda la creación resplandezca el orden querido por Él.
>
> El trabajo, que ha de acompañar la vida del hombre sobre la tierra, es para nosotros a la vez –y en grado máximo, porque a las exigencias naturales se unen otras claramente de orden sobrenatural– el punto de encuentro de nuestra voluntad con la voluntad salvadora de nuestro Padre celestial.
>
> Os digo una vez más, hijos míos: el Señor nos ha llamado para que, permaneciendo cada uno en su propio estado de vida y en ejercicio de su propia profesión u oficio, nos santifiquemos todos en el trabajo, santifiquemos el trabajo y santifiquemos con el trabajo. Es así como ese trabajo humano que realizamos puede, con sobrada razón, considerarse *opus Dei, operatio Dei,* trabajo de Dios[28].

Esta identificación entre *opus Dei* y *operatio Dei*, entre el Opus Dei como institución y como vocación personal de cada miembro, y su trabajo santificado, divino, es, desde luego, para san Josemaría, mucho más que un juego de palabras: es expresión clara y luminosa del don recibido de Dios acerca de la secularidad de la que venimos hablando; y es un acicate más para llevarlo a la práctica en la vida diaria, en el trabajo diario.

> El Señor da al trabajo de la inteligencia y de las manos del hombre, al trabajo de sus hijos, un valor inmenso. Actuando así, de cara a Dios, por razones de amor y de servicio, con alma sacerdotal, toda la acción del hombre cobra un genuino sentido sobrenatural, que mantiene unida nuestra vida a la fuente de todas las gracias.

[27] Carta n. 6, 12b.
[28] Carta n. 6, 13.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> No se trata –ved bien qué lejos está todo esto del llamado espíritu *clerical*– de temporalizar la misión sobrenatural de Cristo y de su Iglesia: se trata de todo lo contrario, de sobrenaturalizar la acción temporal del hombre. Porque estamos plenamente convencidos de que todo legítimo trabajo humano, por humilde, pequeño e insignificante que parezca, puede tener siempre un sentido trascendente: una razón de amor, algo que hable de Dios y que a Dios lleve.
>
> Es preciso, pues, mostrar a los hombres este sencillo camino de santidad, que se ofrece a todos con la magnífica simplicidad de las cosas divinas; y lo haremos bien, si procuramos comenzar a predicar esta doctrina con el ejemplo vivo de nuestra labor personal intensa, hecha con deseo de perfección –con la mayor perfección, también humana, posible–, con la perfección que pide lo que ha de ofrecerse a Dios.
>
> Si ejercemos de este modo nuestra propia profesión, si realizamos así nuestras propias tareas en medio del mundo –ese trabajo o *munus* de cada uno, que es bien conocido por todos–, aprenderán de nosotros los hombres que es muy posible, también en las normales circunstancias de la vida ordinaria, hacer realidad en su alma del mandato que a todos nos ha dirigido el Señor: *estote ergo vos perfecti, sicut el Pater vester caelestis perfectus est*; sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mat 5, 48)[29].

Consecuencia importante de esta doctrina, como acaba de subrayar san Josemaría en estos mismos párrafos, es la alta dignidad de todo trabajo humano noble. Encontramos aquí un ejemplo significativo de la diferencia entre una verdadera secularidad cristiana y el "secularismo", tan frecuente en nuestra sociedad actual: los criterios con los que muchas veces se valora el trabajo pueden parecer muy seculares, pero con frecuencia son más bien "mundanos": del mundo corrompido por el pecado, no del mundo redimido por Cristo. Sólo a la luz de Cristo se alcanza a comprender el verdadero valor del trabajo humano, también en cuanto humano, y por supuesto, en cuanto cristiano.

La unión de lo humano y lo divino en el ámbito concreto del trabajo, lleva al fundador del Opus Dei a insistir en la importancia del trabajo bien hecho, y por tanto en la necesaria formación para trabajar bien. Al tratar con extensión en estas cartas todo lo referido a la educación, a la juventud, a la doctrina, no desaprovecha la ocasión de recordarlo:

> Habéis de adquirir también la preparación profesional adecuada –cada uno la que es propia de su ocupación en la sociedad, de su empleo público intelectual o manual–, para poder realizar con eficacia ese apostolado de la doctrina, a través de vuestras personales actividades, de vuestro trabajo ordinario.
>
> Difícilmente podrá ser santificado el trabajo, si no se hace con perfección también humana; y, sin esa perfección humana, difícilmente –por no decir de

[29] Carta n. 6, 13.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> ningún modo– se podrá alcanzar el prestigio profesional necesario, la cátedra desde la cual se enseñe a los demás a santificar ese trabajo y a acomodar la vida a las exigencias de la fe cristiana[30].

La educación, en particular, es el tema central de la carta n. 5. Precisamente por su clara visión de la llamada divina a la santificación de lo humano y lo secular, y por su lúcida valoración de lo que es realmente importante para la persona humana y para la sociedad –aunque no dejó nunca al margen de su predicación ninguna actividad humana digna y noble–, san Josemaría se volcó desde el principio, tanto personalmente como en el gobierno y dirección del Opus Dei, en todo lo relativo a la enseñanza, a todos los niveles y en todos los campos. Basta comprobar el gran número de obras corporativas de la Obra dedicadas a la enseñanza en todo el mundo, y el mayor número todavía de labores personales e iniciativas de todo tipo de miembros del Opus Dei en los cinco continentes, relativas a la educación.

Así introduce el tema en la citada carta n. 5, cuando todavía esas labores eran muy pocas y las personas implicadas apenas un puñado:

> Por eso quiero hoy hablaros, hijas e hijos queridísimos, de la necesidad urgente de que hombres y mujeres –con el espíritu de nuestra Obra– se hagan presentes en el campo secular de la enseñanza: profesión nobilísima y de la máxima importancia, para el bien de la Iglesia, que siempre ha tenido como enemigo principal la ignorancia; y también para la vida de la sociedad civil, porque *la justicia engrandece a las naciones* (Pr 14, 34)*; y el pecado es la miseria de los pueblos*; porque *la bendición del justo ennoblece a la ciudad, y la boca del impío la abate* (Pr 11, 11)[31].

Por lo demás, muchas de las afirmaciones concretas hechas para los profesionales de la enseñanza son claramente trasladables a cualquier otra profesión, siempre de acuerdo con lo reseñado más arriba. Recojamos algunos párrafos significativos:

> Es urgente, decía, buenos maestros y profesores, con una profunda preparación: con ciencia humana, con conocimientos pedagógicos, con doctrina católica y con virtudes personales, que –por sus propios méritos, por su esfuerzo profesional– lleguen prestigiosamente a todos los ambientes de la enseñanza.
>
> Hombres y mujeres que ejerzan esa profesión con mentalidad laical, con el convencimiento de que de ese trabajo profesional han de obtener el sustento propio y el de su familia, han de lograr el desarrollo de los talentos naturales que Dios les ha dado, han de cooperar eficazmente al bien de la humanidad,

[30] Carta n. 6, 49bc.
[31] Carta n. 5, 3c.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

han de alcanzar la perfección cristiana y contribuir apostólicamente a la extensión del Reino de Jesucristo.

Hace falta, en una palabra, que haya muchos que sepan hacer de su profesión un instrumento de progreso civil y un instrumento de santificación para sí y para los demás, con abnegación, con espíritu de servicio y con ilusión humana; que, al ejercitar su noble tarea docente, en los más variados sectores de la ciencia, dirigidos por la fe, puedan repetir aquellas palabras de la Sabiduría: *sin engaño la aprendí y sin envidia la comunico, y a nadie escondo sus riquezas* (Sb 7, 13)[32].

Ordenar toda la cultura a la salvación, iluminar todo conocimiento humano con la fe, formar cristianos llenos de optimismo y de empuje capaces de vivir en el mundo su aventura divina –*compossessores mundi, non erroris*; poseedores del mundo, con los otros hombres, pero no del error (Tertuliano, *De idolatria*, 14)–; cristianos decididos a fomentar, defender y amparar los intereses –los amores– de Cristo en la sociedad; que sepan distinguir la doctrina católica de lo simplemente opinable, y que en lo esencial procuren estar unidos y compactos; que amen la libertad y el consiguiente sentido de responsabilidad personal[33].

Pienso, sobre todo, en la inmensa labor apostólica que muchos de vosotros realizaréis en todo el mundo, ocupando como ciudadanos –por derecho propio, con preparación y competencia personal– puestos docentes en los centros oficiales de enseñanza –que son hoy, en muchos países, si no los únicos, los más frecuentados y prestigiosos–, prestando un servicio leal al Estado y a toda la sociedad civil, contribuyendo eficazmente al progreso humano en todos los órdenes, haciendo del estudio y de la docencia –vuestro trabajo profesional– también un medio de santidad personal, de unión con Dios, de vida contemplativa[34].

Sin embargo –dejadme que insista una vez más–, toda esa labor que nos espera en el campo de la enseñanza no podrá ser eficaz si no se apoya también en un sólido prestigio profesional. De ahí la obligación grave –de todos los que se dediquen a esta tarea– de poner los medios, para mejorar la propia formación científica y didáctica: con un estudio serio e intenso, con la preparación de publicaciones cuidadas y ricas de contenido, con la participación en congresos y reuniones de carácter local, nacional e internacional; con la oportuna dedicación a labores de investigación, etc[35].

En todo caso, san Josemaría valora muy especialmente la proyección apostólica de cualquier tipo de trabajo, si se procura que sea santo, santificado y santificante:

Los hijos de Dios en su Obra, sintiendo y viviendo sinceramente la filiación divina, unidos por los lazos fuertes del amor fraterno, podremos fácilmente

[32] Carta n. 5, 4.
[33] Carta n. 5, 6c.
[34] Carta n. 5, 13b.
[35] Carta n. 5, 14a.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> ser –ya os lo he dicho– una *organizada desorganización* en el mundo, una transfusión continua de la fuerza vital cristiana en el torrente circulatorio de la sociedad.
>
> Quiere el Señor que, solos, con el apostolado personal de cada uno, o unidos a otras gentes –quizá alejadas de Dios, o aun no católicas, ni cristianas–, planeéis y llevéis a cabo en el mundo toda clase de serenas y hermosas iniciativas, tan variadas como la faz de la tierra y como el sentir y el querer de los hombres que la habitan, que contribuyan al bien espiritual y material de la sociedad y puedan convertirse para todos en ocasión de encuentro con Cristo, en ocasión de santidad.
>
> En cualquier caso, el gran medio de que disponéis para realizar una y otra forma de apostolado –cada uno por su cuenta, o unido con otros ciudadanos–, es vuestro trabajo profesional. Por eso os he repetido tantas veces que la vocación profesional de cada uno de nosotros es parte importante de la vocación divina; por eso también, el apostolado que la Obra realiza en el mundo será siempre actual, moderno, necesario: porque mientras haya hombres sobre la tierra, habrá hombres y mujeres que trabajen, que tengan una determinada profesión y oficio –intelectual o manual–, que estarán llamados a santificar, y a servirse de su labor para santificarse y para llevar a los demás a tratar con sencillez a Dios[36].

Y en otro momento, insiste:

> Bien puede decirse, hijos de mi alma, que el fruto mayor de la labor del Opus Dei es el que obtienen sus miembros *personalmente*, con el apostolado del ejemplo y de la amistad leal con sus compañeros de profesión: en la universidad o en la fábrica, en la oficina, en la mina o en el campo.
>
> Es un trabajo de irradiación, de ejemplo y de doctrina, constante, humilde, silencioso, pero eficacísimo, cuyos frutos difícilmente pueden reflejar las estadísticas.
>
> Es de tal manera humano este trabajo apostólico, que –a quien no cale la naturaleza sobrenatural de nuestra llamada divina, tan unida al ejercicio del trabajo profesional, o a quien piense que para dedicarse a Dios totalmente hay que dejar de ser personas corrientes– puede llegar a dar la impresión de que los socios de la Obra son raros, precisamente por el hecho de no serlo: por el hecho de ser tan normales, tan iguales en todo a sus conciudadanos, a sus compañeros de oficio o de profesión[37].

[36] Carta n. 6, 34c - 35ab.
[37] Carta n. 6, 55b.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Secularidad, Creación y Redención: Jesucristo como fundamento

La fundamentación teológica de todas estas consideraciones de san Josemaría sobre la secularidad, está siempre, como vamos comprobando, en la unidad Creación-Redención, en Jesucristo.

El mundo creado por Dios es bueno; el pecado lo corrompió; pero la Redención no sólo ha recuperado su bondad original, sino que la ha elevado, precisamente como consecuencia de la Encarnación del Hijo de Dios, de la asunción por parte de Jesús de toda esa realidad humana.

Por eso, la referencia de san Josemaría a Jesucristo como fuente y como modelo para vivir este espíritu secular propio del Opus Dei es continua, como ya hemos tenido ocasión de apreciar. Veámoslo más desarrollado en otro fragmento clave de estas cartas:

> Hijos de la luz –decíamos– para ser luz del mundo. *Vosotros sois la luz del mundo… Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5, 14-16). Luz del mundo, hijos míos, viviendo con naturalidad en la tierra, que es el ambiente normal de nuestra vida; participando en todas las tareas, en todas las actividades nobles de los hombres; trabajando junto a ellos, en el quehacer profesional propio de cada uno; ejercitando nuestros derechos y cumpliendo nuestros deberes, que son los mismos derechos y los mismos deberes que tienen los demás ciudadanos –iguales a nosotros– de la sociedad en la que vivimos. Pero siempre libres de toda atadura, que pueda entorpecer el cumplimiento amoroso de la voluntad de Dios.
>
> Por eso, hemos de buscar continuamente –en medio de nuestras diarias ocupaciones seculares– el trato y la unión constante con Jesucristo, de modo que ese fuego, que el Señor ha encendido en nuestras almas, nunca se apague ni se debilite: ya que ha de ser verdad que quienes nos rodean noten que somos luz de Dios, que ilumina el mundo[38].

Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, está, pues, en el origen de la gracia y la misión seculares, pero también es el punto de referencia continuo de la vida secular y del apostolado consiguiente. Es su verdadera Humanidad la que fundamenta ese ser "iguales" a los demás ciudadanos, al mismo tiempo que se santifica esa "igualdad". Nadie más "normal" que el mismo Jesús, y al mismo tiempo nadie más "divino". Por eso no hay nada raro o extraño en el seguimiento vocacional de Jesucristo en medio del mundo. Así lo expresa san Josemaría con su habitual claridad:

[38] Carta n. 6, 9.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> El cristiano, que se sabe libre, pierde gustoso la libertad por amor a Jesucristo, para ser servidor de sus hermanos los hombres. Nosotros estamos convencidos de que nuestro compromiso de amor con Dios y de servicio a su Iglesia no es como una prenda de ropa, que se pone y se quita: porque abarca toda nuestra vida, y nuestra voluntad –con la gracia del Señor– es que la abarque siempre. No debemos aparecer entre los hombres como bichos exóticos, como un elefante blanco u otra criatura rara, repugnante o maravillosa, que se lleva dentro de un jaulón, despertando en quienes la miran sentimientos de curiosidad, de admiración o de amargura.
>
> Somos iguales a nuestros conciudadanos; por eso, *hemos de vivir siempre en la calle, salir a la calle o, al menos, asomarnos a la ventana.* Tenemos el deber de diluirnos, de disolvernos en la muchedumbre como sal de Cristo en el condimento de la sociedad. Así, sin distinción de ninguna clase –porque nuestro espíritu peculiar no lo permite–, idénticos también en los afanes nobles del mundo a nuestros parientes, a nuestros amigos, a nuestros colegas, haremos ver a las gentes que no pueden vivir sólo de lo transeúnte, porque de este modo no serán felices: les haremos levantar el corazón y la mente al cielo, y sentirán el gozo de saber que la criatura humana no es una bestia.
>
> Luz y fuego encendido debemos ser –aquel fuego que siempre arderá en el altar– para llevar, según las circunstancias, los hombres a Dios, respondiendo a la llamada de Jesucristo: *venite ad me omnes*, venid todos a mí; o para llevar Dios a los hombres, cuando se escucha al Señor que dice: *ecce sto ad ostium et pulso*, mira que estoy a tu puerta y llamo (Ap. 3, 20)[39].

Otra consecuencia práctica que brota de la referencia esencial a Jesucristo es la importancia del buen ejemplo en todo este contexto secular:

> *Coepit Iesus facere et docere*, comenzó Jesús a hacer y a enseñar (Hch 1, 1): hay que enseñar, hijos míos, con el ejemplo. La gente creerá en vuestra doctrina, cuando vea vuestras buenas obras, vuestro modo de obrar. El buen ejemplo arrastra siempre. Pero, para que sea eficaz, tiene que ser consecuencia de la sencillez y de la naturalidad con que los socios de la Obra saben vivir lo que enseñan[40].

Buen ejemplo que arrastra siempre, porque lleva directamente al mismo Jesucristo:

> Por ser ése el ejemplo que ha de dar, quizá de lejos, a distancia, no llamará nunca la atención un socio de la Obra; pero, el que se acerque a él, el que lo trate, no tardará mucho en poder decir: *aquí está Cristo*. Porque se sentirá conmovido por ese *Christi bonus odor*, que es fragancia del alma en trato continuo con el Señor[41].

[39] Carta n. 6, 10.
[40] Carta n. 6, 51a.
[41] Carta n. 6, 51c.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Aceptar la Encarnación de Jesucristo con todas sus consecuencias es, por tanto, imprescindible para vivir la verdadera secularidad. Pero también lo es la inseparable unión que se da, en Jesucristo, entre su Persona y su Misión: entre Encarnación y Redención. Lo suele expresar san Josemaría a través del concepto de "corredención":

> Nuestra unión con Cristo nos da conciencia de ser con Él corredentores del mundo, para contribuir a que todas las almas puedan participar de los frutos de su Pasión, y conocer y seguir el camino de salvación que lleva al Padre[42].

De aquí brota la necesaria referencia a la Cruz, pues ella es el centro de la Redención obrada por Jesucristo:

> No dejaré de repetirlo: para estar unidos con Cristo en medio de las ocupaciones del mundo, hemos de abrazar la Cruz con generosidad y con garbo. Sal de nuestra vida es la mortificación, hijas e hijos míos, que ha de acompañar delicadamente, inteligentemente, nuestro trabajo diario con el fin de sostener nuestra vida sobrenatural, de la misma manera que el latir del corazón sostiene la vida del cuerpo[43].

Observamos aquí un rasgo muy característico del magisterio teológico-espiritual de san Josemaría: la capacidad de pasar de una sólida fundamentación teológica al consejo ascético práctico y concreto. La práctica de la mortificación, en este caso, adquiere su sentido y su motivación más profunda en la Cruz de Jesús, y al mismo tiempo se muestra como no supone una merma de secularidad: no es algo ajeno al mundo mismo.

Sobre la importancia y la centralidad de la Cruz de Jesucristo, en relación siempre con la vocación secular, vuelve en otra ocasión:

> No olvidéis que la unidad de vida, que pide el llamamiento a la Obra de Dios, exige mucho espíritu de sacrificio y una gran abnegación. Estamos en un camino divino, en el que hemos de seguir las huellas de Jesucristo, llevando nuestra propia cruz, ¡la Santa Cruz!: y espera Dios Nuestro Señor que nos esforcemos generosamente, que nos sintamos dichosísimos, cooperando con sacrifico a que la Obra se realice[44].

Y explica la tarea apostólica en el mundo precisamente desde esta perspectiva redentora que es propia del Cruz de Jesucristo:

[42] Carta n. 6, 11a.
[43] *Ibid.*
[44] Carta n. 6, 5.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> De este modo lograremos roturar muchos campos de Dios, que no han recibido todavía la semilla de la salvación; venceremos muchas resistencias de los que se oponen a Jesucristo y a su Iglesia –a veces también, por desgracia, la resistencia de algunos que se llaman sus amigos–, que obstaculizan la libertad de los hijos de Dios y la realización de su Reino de caridad, de justicia y de paz; y vitalizaremos también, con la labor libre y responsable de cada uno, nobles instituciones humanas y los ambientes cristianos que agonizan.
>
> Sí, hijos míos, os aseguro que contribuiremos poderosamente a iluminar el trabajo y la vida de los hombres, con el resplandor divino que el Señor ha querido depositar en nuestras almas. Pero no olvidéis que *quien dice que mora en Jesús, debe seguir el mismo camino que él siguió* (1 Jn 2, 6): camino que conduce siempre a la victoria, pero pasando siempre también a través del sacrificio[45].

Una magnífica descripción de la secularidad del Opus Dei, desde esta perspectiva cristológica y soteriológica, podría ser la que encontramos más adelante en esta misma carta:

> Unidos a Cristo por la oración y la mortificación en nuestro trabajo diario, en las mil circunstancias humanas de nuestra vida sencilla de cristianos corrientes, obraremos esa maravilla de poner todas las cosas a los pies del Señor, levantado sobre la Cruz, donde se ha dejado enclavar de tanto amor al mundo y a los hombres[46].

Otra consecuencia, teológica y práctica a la vez, que extrae siempre san Josemaría de la referencia a la Cruz de Jesús, es la Santa Misa como centro de la vida espiritual:

> Si el Hijo de Dios se hizo hombre y murió en una cruz, fue para que todos los hombres seamos una sola cosa con Él y con el Padre. Todos, por tanto, estamos llamados a formar parte de esta divina unidad. Con alma sacerdotal, haciendo de la Santa Misa el centro de nuestra vida interior, buscamos nosotros estar con Jesús, entre Dios y los hombres[47].

Ninguno de estos aspectos está más desarrollado en estas cartas concretas (sí en otros lugares), pero es muy significativo que aparezcan expresamente en un contexto, podemos decir, aparentemente menos "espiritual".

Otras formas en que san Josemaría expresa de forma sucinta esta relación entre la Persona y la obra Redentora de Jesucristo, y la secularidad del Opus Dei

[45] *Ibid.*
[46] Carta n. 6, 12b.
[47] *Ibid.*

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

son: «poner a los pies de Cristo todas las actividades terrenas»[48]; «llevar la doctrina de Jesucristo a todos los órdenes de la vida humana, metiendo el espíritu del Señor en todas partes, divinizando todas las tareas del mundo»[49].

También hay otra referencia explícita a Jesucristo cuando habla directamente del apostolado con los jóvenes. Referencia particularmente interesante porque amplía un conocido "itinerario" enseñado por el autor en otros lugares:

> Haced de modo que, en su primera juventud o en plena adolescencia, se sientan removidos por un ideal: que busquen a Cristo, que encuentren a Cristo, que traten a Cristo, que sigan a Cristo, que amen a Cristo, que permanezcan con Cristo[50].

En *Camino*, por ejemplo, aparecen sólo tres de estas "etapas":

> Al regalarte aquella Historia de Jesús, puse como dedicatoria: «Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo». —Son tres etapas clarísimas. ¿Has intentado, por lo menos, vivir la primera?[51].

Las tres nuevas etapas que aparecen acá resultan, en mi opinión, muy apropiadas y sugerentes para recorrer mejor ese itinerario: por una parte, el encuentro con Cristo debe llevar al trato con Él, y se sostiene y alimenta con ese trato (la oración). La oración, el trato, por su parte, debe ir manifestándose en vida, en seguimiento concreto de Jesucristo en las distintas circunstancias de la vida personal. Finalmente, el amor, que se va alcanzando y aumentando con ese trato y seguimiento, debe tender a perseverar, para ser verdadero amor y dar todo su fruto.

No añade más en esta ocasión san Josemaría, pero nos da de esta forma un criterio muy valioso para "ordenar cristológicamente" buena parte, al menos, de sus habituales enseñanzas sobre la vida espiritual

Por su parte, volviendo a las reflexiones iniciales sobre la secularidad de la Iglesia y en la Iglesia: si el fundamento, el centro y el motivo es siempre Jesucristo; por eso, mismo, su ámbito es siempre la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo.

> Nuestra labor es de seglares católicos y responsables, que usan en servicio de Dios todos sus derechos ciudadanos corrientes y sienten en su alma la urgencia de la misión apostólica, que todos los fieles cristianos tienen, como miembros del Cuerpo de Cristo[52].

[48] Carta n. 8, 10b.
[49] Carta n. 6, 8c.
[50] Carta n. 7, 12a.
[51] *Camino*, n. 382.
[52] Carta n. 5, 24c.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Filiación divina

Muy unida teológicamente a todo lo anterior, se encuadra la realidad de la filiación divina, tan ponderada por san Josemaría como fundamento de la vida espiritual de los miembros del Opus Dei:

> Es un espíritu, el de la Obra, que nos lleva a sentir muy hondamente la filiación divina: *carissimi, nunc filii Dei sumus*, queridísimos, nosotros somos ya ahora hijos de Dios (1 Jn 3, 2). Verdad gozosa que fundamenta toda nuestra vida espiritual, que llena de esperanza nuestra lucha interior y nuestras tareas apostólicas; que nos enseña a conocer, a tratar, a amar a nuestro Padre Dios con confiada sencillez de hijos. Más aún, precisamente porque somos hijos de Dios, esta realidad nos lleva también a contemplar, con amor y con admiración, todas las cosas que salieron de las manos de Dios Padre Creador[53].

La realidad de la filiación divina resulta decisiva, en efecto, para iluminar esa fundamentación de la secularidad en la Creación-Redención, y vivir sus consecuencias:

> El mundo, hijos míos, las criaturas todas del Señor son buenas. Nos enseña la Sagrada Escritura que, concluida la obra maravillosa de la Creación, terminados el cielo y la tierra con su espléndido cortejo de seres, *contempló Dios todo lo que había hecho y vio que todo era muy bueno* (Gen 1, 31).
>
> Fue el pecado de Adán el que rompió esa divina armonía de la Creación. Pero Dios Padre, llegada la plenitud del tiempo, envió al mundo a su Hijo Unigénito para que estableciera esta paz: para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus*, fuéramos constituidos hijos de Dios (Gal 4, 5), capaces de participar de la intimidad divina; y para que así fuera también posible a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios, liberar la creación entera del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo, que las ha reconciliado con Dios[54].

Y, una vez más, la fundamentación en Jesucristo nos lleva a la inserción en la Iglesia y al carácter vocacional de la secularidad:

> A eso, hijos míos, hemos sido llamados; ésa ha de ser nuestra tarea apostólica que, con una espiritualidad propia y una ascética peculiar, se encuadra maravillosamente dentro de la única misión de Cristo y de su Iglesia. El Señor nos llama para que le imitemos como hijos suyos queridísimos –*estote ergo imitatores Dei, sicut filii carissimi*, sed imitadores de Dios, como hijos suyos muy queridos (Ef 5, 1)–, colaborando humilde y fervorosamente en el divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está perdido, de ordenar

[53] Carta n. 6, 2a.
[54] Carta n. 6, 2bc.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> lo que el hombre ha desordenado, de llevar a su fin lo que se descamina: de restablecer la divina concordia de todo lo creado[55].

En particular, san Josemaría aprovecha la imagen de la luz, utilizada por san Juan en su evangelio, para mostrar esa labor apostólica propia de los miembros del Opus Dei, apoyada en la realidad de la filiación divina, enseñada también por san Juan en su primera epístola:

> Os repito con San Juan: *videte qualem caritatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus* (1 Jn 3, 1). Nos llamamos y somo hijos de Dios; hermanos, por eso, del Verbo hecho carne, de Jesucristo, de Aquel de quien fue dicho: *in ipso vita era, et vita erat lux hominum*, en Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (Jn 1, 4).
>
> Hijos de la luz, hermanos de la luz: eso somos. Portadores de la única llama capaz de iluminar los caminos terrenos de las almas, del único fulgor, en el que nunca podrán darse obscuridades, penumbras ni sombras.
>
> *Et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt*; y esa luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido (Jn 1, 5). El Señor sigue derramando esplendores sobre los hombres, una luminosidad que es vida y calor de misericordia, porque Él es caridad, amor; y se sirve de nosotros como antorchas, para que esas luces iluminen las almas y sean para todos fuente de vida, después de haber alumbrado y llenado la nuestra del fuego de las ilustraciones divinas.
>
> Hijas e hijos míos, de nosotros depende en parte que muchas almas no permanezcan ya en tinieblas, sino que caminen por senderos que llevan hasta la vida eterna[56].

Contemplativos en medio del mundo

La expresión que da título a este apartado era muy querida para san Josemaría, y no falta tampoco en estas cartas. Por una parte, vuelve a reflejar con ella el sentido profundo de la secularidad misma, como realidad teológica y cristiana; por otra, la relaciona con un elemento esencial de la espiritualidad cristiana: la oración; y particularmente su forma más elevada y profunda, que es también la más simple: la contemplación.

Con esta expresión no pretende simplemente promover un esfuerzo de búsqueda y mantenimiento de una vida de oración contemplativa, "a pesar" de las dificultades que la vida en el mundo puede plantear, sino que enseña a "extraer" esa vida de oración, ese espíritu contemplativo, de las mismas realidades seculares. Por eso dice intencionadamente: "en medio del mundo".

[55] Carta n. 6, 2de.
[56] Carta n. 6, 3.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Aunque en estas cuatro cartas no hay un desarrollo detenido de la oración y sus manifestaciones –sí algo más en el primer volumen publicado, de contenido más ascético y espiritual–, no falta una explicación más que suficiente:

> Almas contemplativas en medio del mundo: eso son los hijos míos en el Opus Dei, eso habéis de ser siempre para asegurar vuestra perseverancia, vuestra fidelidad a la vocación recibida. Y en cada instante de nuestra jornada, podremos exclamar sinceramente: *loquere, Domine, quia audit servus tuus*, habla, Señor, que tu siervo escucha (1 R 3, 9).
>
> Dondequiera que estemos, en medio del rumor de la calle y de los afanes humanos –en la fábrica, en la universidad, en el campo, en la oficina o en el hogar–, nos encontraremos en sencilla contemplación filial, en un constante diálogo con Dios.
>
> Porque todo –personas, cosas, tareas– nos ofrece la ocasión y el tema de una continua conversación con el Señor: lo mismo que a otras almas, con vocación diversa, les facilita la contemplación el abandono del mundo –el *contemptus mundi*– y el silencio de la celda o del desierto. A nosotros, hijos míos, el Señor nos pide sólo el silencio interior –acallar las voces del egoísmo del hombre viejo–, no el silencio del mundo: porque el mundo no puede ni debe callar para nosotros[57].

La misma expresión y realidad se puede enfocar desde la unidad de vida, como uno de sus aspectos esenciales. En efecto, la cuestión –tanto en la teoría como en la práctica– no está en un esfuerzo por unir la práctica de la oración con la vida secular, sino en que de esa misma vida se puede extraer el contenido y la motivación de la oración, del diálogo con el Señor; que en esa misma vida se puede contemplar a Dios, porque está realmente ahí (por la Creación y la Encarnación): al contemplar el mundo, se contempla a Dios; y al contemplar a Dios, se contempla el mundo.

Y, de nuevo, el apostolado secular brota así con naturalidad:

> Con esta unidad de vida, con este afán de contemplación en medio del mundo –en medio de la calle: al aire, al sol, bajo la lluvia–, no sólo os dominará el deseo de permanecer en la tarea temporal, de no alejaros de las realidades terrenas, sino que os arrastrará el afán apostólico de penetrar valientemente en todas esas realidades seculares, para desentrañar las exigencias divinas que contienen; para enseñar que la fraternidad de los hijos de Dios –la fraternidad humana tiene sentido sobrenatural– es la gran solución que se ofrece a los problemas del mundo; para sacar a los hombres de su caparazón de egoísmo; para asegurar, a la vez, la necesaria personalidad y la verdadera libertad, *qua libertate Christus nos liberavit* (Gal 4, 31), a los que están como disueltos en la masa; para, en una palabra abrir a los hombres los caminos divinos de la tierra[58].

[57] Carta n. 6, 15.
[58] Carta n. 6, 16b.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Libertad, responsabilidad y servicio

Una de las manifestaciones más importantes de la secularidad, tal como la entiende y enseña san Josemaría, es la libertad, y libertad precisamente en las cuestiones seculares. La respeta y defiende con claridad, con la misma claridad con que defiende la unidad de la fe cristiana y la unidad de espíritu en el Opus Dei; porque el fundamento es el mismo: la naturaleza de las realidades humanas y divinas, tal como han salido de las manos de Dios, y como Jesucristo las ha vivido y predicado.

En estas cartas, en la medida en que trata de muchas cuestiones prácticas para la puesta en marcha de las labores del Opus Dei (con la juventud, en el campo de la enseñanza, etc.), insiste mucho en este punto; pero es importante destacar que siempre une libertad con responsabilidad, y ambas con espíritu de servicio a las personas y a la sociedad. Por ejemplo:

> Dentro de esa necesaria unidad de espíritu y de formación, cada miembro de la Obra actúa en el mundo –en sus actividades temporales, de carácter profesional, cultural, político, social, etc.– con plena libertad y, por tanto, con responsabilidad personal: una responsabilidad completa y exclusiva, que cada uno asume, como consecuencia lógica de la libertad absoluta de opinión y de acción, dentro de los límites de la fe y de la moral de Jesucristo[59].

O cuando trata del apostolado con gente joven:

> A través de este apostolado, proporcionamos a un gran número de personas el espíritu básico de la Obra: para formar su personalidad, para enseñarles a administrar su libertad, para darles doctrina católica con el testimonio de nuestra vida y con la palabra, y para hacerles adquirir la cristiana preocupación de servir con naturalidad –por Amor a Dios– a las almas[60].
>
> Por eso, en el aspecto humano, inculcamos primero en las chicas y en los chicos de San Rafael un gran sentido de responsabilidad, haciéndoles ver la obligación grave que tienen de estudiar o de trabajar, y de santificarse en el cumplimiento de este fundamental deber. Así fomentamos en los corazones jóvenes las virtudes humanas, que son base necesaria para cultivar las virtudes sobrenaturales[61].

Las dificultades que encontró san Josemaría desde el principio para la comprensión y aceptación de su mensaje, tanto en ámbitos eclesiásticos como civiles, tuvieron mucho que ver precisamente con la libertad; y ha seguido

[59] Carta n. 6, 37c.
[60] Carta n. 7, 2c.
[61] Carta n. 7, 4a.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

pasando con frecuencia en muchos lugares, con la extensión del Opus Dei por el mundo. Desde el ámbito "clerical", con frecuencia, no se entiende esa libertad secular por una fuerte tendencia a primar la actuación "oficial" o corporativa en la tarea evangelizadora. Desde el ámbito civil, por una interpretación tendencialmente "política" de esa actividad, tendiendo a ver tácticas secretas o sectarias tras esa diversidad de pensamiento y acción.

Así lo explica, por ejemplo, san Josemaría en una de estas cartas:

> Con esa ceguera o con esa comodidad, no pueden comprender que la libertad –la libertad personal– sea punto principalísimo del espíritu de la Obra de Dios; no pueden comprender que la mayor parte de las veces usemos el *yo*, haciéndonos responsables de nuestros actos, y que rara vez podamos decir *nosotros*, porque los demás hermanos nuestros –los demás socios de la Obra, diré mejor– no tienen la obligación de seguir el criterio determinado que tenga un miembro del Opus Dei, en las cosas temporales, ni en las teológicas que la Iglesia deje a la discusión de los hombres. Consuela leer en el Santo Evangelio aquel *neque enim fratres eius credebant in eum* (Jn 7, 5), nadie creía en Jesucristo[62].

Esa libertad, además, es coherente con la universalidad propia del mundo, de la Iglesia y de la Obra. No olvidemos que solemos usar incluso como sinónimos, según el contexto, las palabras "mundo", "universo" y "siglo".

> Tiene la Obra un fin exclusivamente sobrenatural; por eso, es parte de su espíritu la libertad personal de cada uno de sus miembros; y por eso también no excluimos de nuestro trabajo a nadie; a ningún alma que quiera venir a compartir nuestros afanes, aunque no tenga nuestra fe[63].

Universalidad en las personas… Universalidad en las tareas: «Por eso no os canséis de predicar el amor a la libertad, y demostradlo trabajando con responsabilidad personal en todas las tareas de los hombres»[64].

En todo esto, la referencia a lo sobrenatural vuelve a ser fundamental: san Josemaría siempre lo ve desde la óptica del don divino recibido, aunque además la universalidad sea, desde luego, coherente, e incluso deducible del centro de su mensaje sobre el Opus Dei. Y es lo sobrenatural también, lo divino, lo propio de Jesucristo, lo que le lleva a unir el binomio libertad-responsabilidad con el espíritu de servicio:

[62] Carta n. 6, 19a.
[63] Carta n. 6, 27.
[64] Carta n. 8, 38a.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> La legítima libertad de los hombres, si son verdaderamente honestos, con la ayuda divina, les lleva al deseo de servir a Dios y a sus criaturas. *Servite Domino in veritate*, servid al Señor en verdad (Tb 14, 10), aconsejaba Tobías a sus hijos. Y éste es el consejo que también os doy, porque hemos recibido la *llamada de Dios*, para hacer un peculiar servicio a su Iglesia y a todas las almas. La única ambición, el único deseo del Opus Dei y de cada uno de sus hijos es servir a la Iglesia, como Ella quiere ser servida, dentro de la específica vocación que el Señor nos ha dado[65].

También en referencia a la formación de la juventud, insiste en el espíritu de servicio:

> Así –sólo así– todo ese trabajo, que ponemos en favor de la juventud, estará informado por un alto espíritu de servicio: servicio directo a los que integran la obra de San Rafael; servicio a la Iglesia, disponiendo a los chicos para ser hijos fieles suyos; servicio a la sociedad civil, preparando ciudadanos ejemplares, cristianos consecuentes en su vida profesional y social[66].

En relación al servicio, aparece también en estas cartas una expresión gráfica, un juego de palabras, frecuente en el autor:

> Por eso, porque hemos de servir, siempre os repito que *para servir,* es necesario *servir*. Para ser de utilidad al Cuerpo Místico, se precisa una recta conciencia, bien formada, que produzca frutos de buenas obras y sepa respetar la libertad de la conciencia ajena[67].

Por supuesto, no hay libertad verdadera, sin respeto a la libertad ajena: otra afirmación que san Josemaría no se cansaba de repetir.

En ocasiones, respecto a esto último, se interpreta mal el contenido clásico del término "proselitismo": el apostolado cristiano encaminado a suscitar la generosidad de las almas en respuesta a una posible vocación divina. Precisamente, en una de estas cartas, san Josemaría aclara expresamente este punto, anticipándose incluso a críticas que surgieron años después:

> Porque es característica capital de nuestro espíritu el respeto a la libertad personal de todos, el *compelle intrare*, que habéis de vivir en el proselitismo, no es como un empujón material, sino la abundancia de luz, de doctrina; el estímulo espiritual de vuestra oración y de vuestro trabajo, que es testimonio auténtico de la doctrina; el cúmulo de sacrificios, que sabéis ofrecer; la sonrisa, que os

[65] Carta n. 8, 1a.
[66] Carta n. 7, 6b.
[67] Carta n. 8, 8b.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> viene a la boca, porque sois hijos de Dios: filiación, que os llena de una serena felicidad –aunque en vuestra vida, a veces, no falten contradicciones–, que los demás ven y envidian. Añadid, a todo esto, vuestro garbo y vuestra simpatía humana, y tendremos el contenido del *compelle intrare*[68].

Si se lee esta relación con atención y sin prejuicios, se concluye sin problema lo coherente que es con el sentido profundo de la libertad y al mismo tiempo con la caridad cristiana que busca siempre lo mejor para las almas y para el mundo.

> Es cosa clara que los que vienen a formarse junto a nosotros siente un cambio, una sacudida interior, que hará a muchos mudar su vida; y, a todos, despertar en su conciencia la obligación de tratar de vivir como católicos consecuentes. Sentirán, por lo menos, una atracción sincera hacia el espíritu del Opus Dei, una admiración humana –ante nuestro modo exclusivamente espiritual de enfocar y de resolver los problemas–, que servirá de base para inculcar en ellos ideas sobrenaturales, un gran amor a la libertad con responsabilidad personal, y un deseo que les leva, al fin, a ser buenos cristianos y, quizá más tarde, a una entrega generosa al servicio de Dios como socios de su Obra[69].

Por su parte, no hay verdadero sentido de la responsabilidad, sin la sinceridad propia del que asume lo que piensa, lo que dice y lo que hace con todas sus consecuencias; respetando lo que piensan, lo que dicen y lo que hacen otros:

> El espíritu sencillo del Opus Dei ama la verdad y la sinceridad; mira al servicio de la Iglesia, y lleva al respeto y a la defensa de la libertad. Francamente, no puedo comprender otro servicio a la causa de Dios, que no tenga por lo menos ese amor a la libertad personal de los hombres.
>
> Nosotros amaremos, por consiguiente, la unidad y la variedad maravillosa que hay en la Iglesia; veneraremos y contribuiremos a hacer que se veneren los instrumentos de esa unidad; comprenderemos las manifestaciones de catolicidad y de riqueza interior, que se ponen de manifiesto en la diversidad de espiritualidades, de asociaciones, de familias y de actividades que, en todo tiempo y en todo lugar, dan prueba de proceder todas de un mismo Espíritu indivisible[70].

Todo esto, por tanto, según el pensamiento de san Josemaría, sigue siendo algo propio de la secularidad de la misma Iglesia, asumido y subrayado en el espíritu del Opus Dei, precisamente por su carisma netamente secular.

[68] Carta n. 7, 9b
[69] Carta n. 7, 17ab.
[70] Carta n. 8, 30ab.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

De nuevo, las consecuencias apostólicas de este planteamiento son muy importantes:

> Es necesario mantener vivo el espíritu sobrenatural y el afán apostólico; hay que huir de ver falsamente, en la vida espiritual, sólo una merma de la libertad; en la formación doctrinal, un montón de fórmulas ininteligibles; en el apostolado, una especie de profesión superañadida, para las horas libres.
>
> Evitad, con vuestro ejemplo, que tantos cristianos abandonen cobardemente el trabajo en muchos campos nobles y lícitos, dejándolos en manos de los enemigos de Dios y de su Iglesia. Actuad con decisión –que exige olvido de sí mismo–, para no caer en la cómoda pasividad de quienes abusan temerariamente de la Providencia divina y esperan unos auxilios extraordinarios, que el Señor no tiene por qué dar, si no ponemos los medios humanos que están a nuestro alcance[71].

Otras manifestaciones de la secularidad

Sin ánimo de agotar el tema, me parece oportuno traer a colación al menos algunas otras características y manifestaciones de la secularidad que san Josemaría menciona con mayor o menor extensión en estas cartas. Varias están relacionadas con la humildad y el espíritu de servicio: por ejemplo, lo que llama el "desinterés":

> Os estoy hablando de servicio, y he empezado a señalar algunas características que ha de tener el nuestro. Quisiera ahora detenerme en otra, que está muy relacionada con el modo laical de trabajar, que tenemos en la Obra: el desinterés. Hemos de servir –os he solido decir– sin esperar ni una mirada de agradecimiento en la tierra[72].

Un poco más adelante lo explica más, para que encaje bien en lo propio de la mentalidad secular:

> Con todo esto os recuerdo que habéis de esforzaros por vivir ejemplarmente, sirviendo con desinterés a la Iglesia y a todas las almas. Y es oportuno que os aclare ahora –aunque sea de pasada– que es perfectamente compatible con la realidad del Opus Dei el esfuerzo que pongáis para no rechazar puestos de responsabilidad en la vida civil, porque ese empeño –noble, con medios plenamente lícitos siempre– no tiene otro objetivo que el servicio desinteresado: sería tentación diabólica pensar que es ambición personal.

[71] Carta n. 8, 9bc.
[72] Carta n. 8, 41a.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> Trabajaréis desde esos puestos con el mismo espíritu con que lo haríais en los quehaceres más escondidos y humildes: por afán de servicio –no encuentro otra palabra–, bien persuadidos de que los cargos, para los hijos de Dios en su Obra, han de ser siempre obligaciones aceptadas y gustosamente llevadas por amor al Señor y a la humanidad entera[73].
>
> Otra característica de nuestra servidumbre a la Iglesia es la ausencia de bombos y propagandas, la humildad personal y colectiva con que procuramos trabajar. Desde el principio de la Obra os he dicho que no necesitamos de ningún secreto, y que nuestra discreta reserva sobre las cosas que pertenecen a la intimidad de la conciencia de cada uno, aunque entonces fuera más necesaria, había de ser algo que viviéramos siempre con naturalidad[74].

Características que aplica san Josemaría no sólo a las personas, sino también a las obras corporativas de apostolado:

> Este modo laical de servir a la Iglesia vige también en las labores que, con fines exclusivamente apostólicos, promueve la Obra, como corporación. Son labores que tienen por objeto dar a conocer mejor la doctrina del Señor, que abarcan toda la gama de actividades lícitas que pueda hacer un grupo de ciudadanos, y que es, por tanto, una tarea también profesional.
>
> Sabéis que, como consecuencia, no damos nunca a esas obras de apostolado corporativo, ni a ninguno de nuestros Centros, el apelativo de *católico* o el nombre de un santo patrón: de esta manera, se pone mejor de manifiesto el carácter laical de nuestro trabajo, a la vez que no se oculta en absoluto su contenido apostólico[75].

También a las obras corporativas, y en particular a las dedicadas a la enseñanza, se aplica otro criterio "secular" del fundador del Opus Dei:

> También serán siempre pocos los socios de la Obra que trabajarán en esos centros: no podemos hacer como un alarde de personal, y conviene que –en la mayor parte de los casos– cada uno ejercite individualmente su profesión. Sería un error reunir a muchos de nuestra Familia en el mismo sitio, para trabajar profesionalmente en la misma actividad. Nosotros sentimos la necesidad de abrirnos en abanico, de hacernos presentes en todas partes, de llegar al mayor número posible de personas, de hacer que mucha gente colabore en nuestros apostolados[76].

[73] Carta n. 8, 43.
[74] Carta n. 8, 44a.
[75] Carta n. 8, 39.
[76] Carta n. 5, 17c.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En relación con la universalidad propia de una verdadera labor secular y del espíritu cristiano, san Josemaría da también mucha importancia a evitar elitismos, clasismos y racismos: discriminaciones de cualquier tipo; y por eso sugiere incrementar las iniciativas de amplia repercusión social, más allá incluso de los objetivos más inmediatos de una labor determinada:

> En este campo específico de la docencia, las obras apostólicas –variadísimas–, en las que ejercitamos siempre nuestro trabajo profesional, serán necesariamente instrumento para dar también a otros una sólida preparación profesional y una buena formación humana; y para hacer un fecundo apostolado, no sólo con los que acudirán al centro, sino también con gente de cualquier condición social.
>
> En las universidades, por ejemplo, se podrá desarrollar una amplia labor de extensión cultural –siempre de contenido apostólico– en la región o comarca donde estén enclavadas, dando con esta ocasión a la gente, intelectual o no, una buena dosis de doctrina cristiana y de buen ejemplo[77].
>
> Si se trata, por ejemplo, de colegios de segunda enseñanza, habrá clases para obreros, empleados, etc., en las horas convenientes –al terminar la jornada de trabajo, ordinariamente al final del día–, por lo menos varias veces por semana, si no es posible hacerlo todos los días. No se les cobrará prácticamente nada –algo sí deben pagar, porque conviene que les cueste un pequeño sacrificio económico–, y utilizarán los mismos edificios y el mismo material didáctico que se empleen para los demás alumnos. Alguna vez, también los profesores serán los mismos[78].

Y también en relación con la universalidad inherente a la secularidad, desde otro punto de vista, san Josemaría hace otras propuestas que, paso a paso, han ido implementándose y dando fruto en muchos lugares del mundo, por iniciativa de sus hijas e hijos en el Opus Dei:

> [Hablando de las residencias] habrá una serie de actividades culturales, científicas, artísticas, deportivas, etc., que permitirán acercar a nuestro apostolado un gran número de personas jóvenes. No olvidéis que nos interesan todas las almas: hemos de abrirnos en abanico, para llevar la luz de la buena doctrina a todas partes[79].
>
> También habría que pensar en organizar sesiones de carácter literario, conciertos y otras actividades artísticas, con el fin de tratar a chicos que frecuenten círculos de esa clase, conservatorios de música, escuelas de bellas artes, etc. Es éste un apostolado urgente, y de extraordinaria eficacia: *sit mihi carmen*

[77] Carta n.5, 65 bc.
[78] Carta n. 5, 19c.
[79] Carta n. 7, 45a.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

> *istud pro testimonio*, que sea también el arte en todas sus manifestaciones testimonio vivo de nuestra fe católica, suave y poderoso estímulo que empuje las almas a Dios[80].

Sirva de resumen y conclusión de estas reflexiones un conocido pasaje de la homilía "Amar al mundo apasionadamente", en el que san Josemaría expresa de forma particularmente viva y lúcida la riqueza de la secularidad por él vivida, predicada y promovida, la secularidad que está en la entraña del espíritu del Opus Dei:

> Debéis comprender ahora –con una nueva claridad– que Dios os llama a servirle *en y desde* las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay *un algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir (…)
>
> Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...[81].

[80] Carta n. 7, 48c.
[81] *Conversaciones*, nn. 114 y 116.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei